

Vivo cada día en un tiempo detenido, dentro del espacio intangible de mi monotonía acomodada. Aquí, parado y protegido del rebufo de los tránsitos veloces, la vida tiene sentido y los segundos muestran para mí su verdadera utilidad y naturaleza. Yo uso uno para inspirar, ellos devoran treinta y tres metros. El aire recorre mis pulmones otro segundo, ellos suman treinta y tres metros. Empleo un tercer segundo para espirar y, entonces, soy consciente de que mi respiración los aleja cien metros del origen o los impulsa cien metros hacia su destino. Soy consciente, sólo entonces, de que respiro a ciento veinte kilómetros por hora.

Durante mi jornada de trabajo todo se mide en segundos: el saludo de bienvenida, el repostaje, el cobro, la salida del vehículo, la llegada del siguiente. Pasan por la gasolinera gentes diversas y los contactos son tan breves que no logro ni pretendo permanencias. Hay días en que amo tres segundos, odio a un hombre tosco los cien metros de una respiración, deseo a una mujer durante la brevedad del tacto de su piel cuando cobro. Hay días que viajo unos segundos hacia el norte subido en el rugido del motor de una moto, que envidio la pasión de quienes dejan la habitación del motel contiguo dos horas después, breve huida de un cuarto de alquiler que dura apenas un momento. Otros días, mi fiesta dura los segundos de unos jóvenes camino de la discoteca y mi luto el fugaz paso de un coche fúnebre por la autovía.

Me gusta el verano porque la gente viaja en familia. Coches familiares paran a repostar y salen de ellos, inquietos, celebrando el fin breve del cautiverio, miriadas de niños con ganas de trotar una carrera breve, saltar las tres escaleras de nuestra pequeña tienda y romper a risas el obligado y consabido silencio del trayecto, amodorrados contra las ventanillas o sedados ante pequeñas pantallas incrustadas en los reposacabezas delanteros. Niños que exigen con política de



hechos consumados su derecho inalienable al movimiento. Me gusta el verano porque las mujeres usan prendas livianas y desfilan ante mis ojos con sus cortos pantalones de colores vivos. Mujeres que regalan por descuido una exigua porción de anatomía si se inclinan sobre el salpicadero mientras limpio los cristales, mujeres de muslos descubiertos que me permiten imaginar, deducir o vislumbrar el secreto de su sexo cuando descienden del coche, la rotundidad de sus nalgas firmes y torneadas si se adentran en los atiborrados maleteros. Presto más atención en verano a las mujeres bellas y el bullicio ocasional de los niños; exultantes de vacaciones, airean mis días y refrescan mi memoria.

Llevo tres horas despierto, casi dos en el trabajo, y sigo sin encontrar ninguna permanencia. Prácticamente no deja de fluir el tráfico durante el día (y apenas durante la noche) alrededor de la gasolinera, no se detiene el continuo hormigueo en ambos sentidos de la autovía frente al surtidor de gasolina que suelo atender. No para tampoco el trasiego de vehículos expectorando sobre el asfalto, rugiendo su velocidad, ocupando y vaciando las plazas del aparcamiento al aire libre del motel contiguo, día y noche. La noche es para mí un territorio incierto de vigiliadas insomnes, duermevelas de turno de guardia o la infrecuente inconsciencia de un profundo morir hasta mañana.

Llevo tres horas despierto y aún no me he desprendido del primer miedo del día; miedo a que el aire no me alcance para cubrir las horas pendientes; a que se difuminen los contornos de mi monotonía; miedo a quedarme sin gas y perder impulso a media mañana. Moriré si me muevo, despedazado y esparcidos mis restos por la vertiginosa velocidad que aprisiona todos mis movimientos aquí, todos los pensamientos que debo mantener -resguardados- dentro de mi cabeza si no quiero que la estela de los sucesos fugaces las disuelvan hasta hacerlas intangibles.

Pocos clientes llegan sin prisa. Acaso quienes realizan un viaje largo, algún transportista obligado por ley al descanso o, lo recuerdo ahora por reciente, la pareja de recién casados que repostaron ayer entre besos y arrumacos. Ellos fueron uno de los pocos vestigios de vida que mi trabajo concede. Un buen trabajo. Cómodo, relativamente descansado. Un trabajo que no exige pensar



en demasía. Celebro mantener mis pensamientos protegidos sin necesidad de esfuerzos desmesurados: fuera de mi cabeza morirían aplastados sobre el asfalto, se asfixiarían en vapor de gasolina o atorados en los tubos de escape. No necesito pensar en mi trabajo, sólo saludar amablemente, preguntar ¿cuánto?, servirlo y cobrar lo pedido sin errores. Me complace la simplicidad repetitiva de este proceso, mecánico y cadente, cientos de veces muchos días. Un círculo de diámetro determinado, establecido, que me circunscribe. Desde su centro estático, inamovible, amparado por el trazo claro de su contorno, me sustraigo del vértigo de la vida.

LAS MANOS DE PAPÁ

Las manos de papá son el doble de grandes que las mías, pero yo las tengo más suaves. Según él, porque llevan todavía muchas caricias dentro. No me lo creo. Si fuera así, los dos las tendríamos suaves.

Acaricia mucho a mamá. A veces sus caricias son tan fuertes que mamá pide que pare o amanece con marcas en la cara. Entonces ella nos miente diciendo que papá dio una vuelta dormido, y la golpeó, o que se dio con la mesilla al despertarse. Pero no me lo creo. Tampoco me creo que papá tenga tanta fuerza que a veces le cueste controlarla.

La noche anterior a las marcas papá llega a casa con los ojos enrojecidos, como de haber llorado mucho. Me sorprende que tenga esa fuerza que mamá dice porque al entrar choca con todo y se apoya en la pared. Como si, de tanto cansancio, el cuerpo se negara a mantenerse recto. Alguna vez lo hace, se niega, y papá cae sobre la alfombra. Entre las tres lo llevamos al dormitorio y tengo la impresión de que llega medio dormido porque habla raro y apenas abre los ojos. Siempre que papá viene a casa debilitado trae con él un olor raro; a húmedo, a antiguo, a mareo.



Yo creo que papá y mamá mienten.

Mi tata tiene dieciséis años. A ella también le hacen daño las caricias de papá. Hay días que la lleva al cuarto, cierra la puerta y, como mamá, también le pide que pare. Suelo escuchar, mientras juego con mi muñeca sobre la alfombra del salón, que mi tata dice “no papá, por favor, papá”. Luego no sé que ocurre, pero ya no habla. Creo que juegan sobre la cama porque escucho el ruido de los muelles. A mí esto me da mucha rabia; yo no puedo saltar por si la rompo pero ellos juegan. Y encima juntos.

Mi tata debe haberse caído o estar mal. Parece que le duele la tripa y anda muy despacio, a poquitos. Igual se golpeó jugando. Anda como encogida y llora. Cuando pregunto me dice que sí, que se ha hecho daño, que no me preocupe y que enseguida se le pasa. Pero no es verdad; sigue llorando horas. También me pide que no le diga nada a mamá para que no se enfade ni la riña. No debería tener miedo; la bronca será para papá por jugar sobre la cama. Eso no está bien. Igual rompen la cama o se hacen daño.

Mamá no los puede reñir porque nunca se lo cuentan. Cuando vuelve a casa, papá mira a mi tata y ella baja la cabeza. Si mamá pregunta qué pasa, nadie dice nada. Yo tampoco puedo hablar. Mi tata se enfadaría conmigo si me chivo. De todos modos, parece que mamá se imagina algo porque también baja la cabeza, va a la cocina y la oigo llorar. Será que se pone triste porque todos la engañamos.

Me da mucha pena que en casa no riamos más a menudo. Algunos días papá viene a casa con los ojos rojos como de haber llorado mucho, otros días mamá amanece con los ojos hinchados como de haber llorado y las tardes que mamá trabaja mi tata llora mucho cuando juega con papá. Y yo también lloro porque todos están como muy tristes.

Menos mal que papá me sienta sobre sus rodillas, me da dos palmaditas en el culete con sus grandes manos rugosas, me llama “su princesa bella” y me dice que no lllore mientras acaricia mi pelo. Creo que mi tata tiene un poco de envidia porque mira a papá con cara muy enfadada, se marcha corriendo

al cuarto y cierra de un portazo. Mamá no se marcha, pero creo que también tiene un poco de pelusa y enseguida me manda hacer algo. Que si trae esto de la cocina, que si baja la basura, que si acércame las gafas del costurero... Parece que le molesta ver a papá llamarme princesa y acariciarme con sus grandes manos rugosas. Yo no me enfado nunca porque quiero mucho a los tres. Aunque me riñan por saltar sobre la cama.

POLVO ATORADO EN LA GARGANTA

Dicen Ea, pobrecico, ya no sufre. No por mí, por él. Yo tengo atorado en la garganta el polvo de los caminos que recorrimos juntos. Nuestros caminos son secos. Aunque sienta mis ojos quemados por todos los soles de agosto en el llano, no lloro.

La araña del techo desprende pequeños brillos. Cada cristal parece escarcha de madrugada sobre nuestra furgoneta; la que nos llevó a diario por los caminos. Son esos brillos los que me punzan dentro. Llevo en mi bolso izquierdo la navaja que usó durante años. Ayer mismo, al mediodía, con pan y queso. Se pegó a sus cachas de ciervo la rugosidad tibia de sus manos. Creo notarlas ahora que la toco en el bolsillo. Ha entrado el padre Hernando. Me abraza antes de saludar. No dice nada y me abraza. Cálido. Animoso. Tiene verdad el susurro en mi oído: Sólo nosotros perdemos cuando parte un hombre bueno.

La prima Amalia está sentada en uno de los sillones. Vino aprisa del sur. Siempre los tuvo cariño. Yo también. Nos bañábamos juntos en el río cuando pequeños. Ella y sus hermanos fueron hermanos para mí. Amalia y yo jugábamos a novios. Hasta que cambió su cuerpo un verano y su madre estaba más pendiente de los juegos. Antes, dejaba que paseásemos de mano los



domingos después de misa y se divertía con los besos inocentes de los primos. Comíamos sandía y melocotón juntos y reía al decir Mira los guachos, cómo se quieren los primicos. Hasta que su cuerpo cambió un verano. Aunque ya quedasen pocos rincones secretos entre nosotros.

Las uñas han oscurecido. Los dedos entrelazados sobre su pecho que ya no respira con murmullo de picadura negra y solisombra.

Silbaba en la furgoneta una canción diferente cada día. Al camino le silbo, decía, para que nos conozca. Nunca tuvimos un susto. Yo silbaré mañana la canción del jueves cuando arranque hacia el camino. Silbaré a los cazos de latón, a las madejas de hilo y las espumaderas, a los escobones y cuencos para que no lo añoren y se dejen vender a las vecinas. Los días buenos, decía: Hoy sí quieren. Apenas recuerdo otras cosas desde los catorce. Enseres variados que llamaba mercancía y nunca llegaban para un fin de mes tranquilo. Yo veía entrar dinero a diario y él me explicaba los mil caminos por dónde se iba.

Hubiese querido aprender las matemáticas y la geografía. Leo por las noches. El primer año sin escuela, la enciclopedia completa. Conocía la superficie de Sri Lanka, las costumbres de Gabón o la población de Ucrania. Pero estos temas no interesan mucho aquí. Todos los años me llevaba a la Feria del Libro de la capital, en primavera. De entre los libros de saldo sacaba yo lectura para el año. Dos al mes. Ninguno de ellos nuevo. Quizá mañana estrene camino y libro.

Llega gente que saluda triste al velatorio. Tengo pegajosa la espalda por los restos viscosos de abrazos y palmaditas. La sala ya no da de sí. Han venido de muchos pueblos para despedirse. Familia y amigos también. Quisiera irme pero cierto pudor me lo impide. No puede quedarse a solas.

Si madre viviese, moriría en este instante. Yo estoy a punto ante esa mujer muy bien vestida con riguroso luto y dos chicos trajeados de mi edad. El padre Hernando está lívido. Ahora sí es sepulcral el silencio de estos segundos. Me descompongo bajo las miradas que me cubren. Debo sentarme. Descansar la cabeza entre los brazos apoyados sobre las rodillas me ayudará a pensar, a dar

crédito a esto que han dicho con acento del llano. Su mujer y sus hijos, han dicho. Y no puede ser. Esa ropa, esos modos, ese hablar de gente con estudios. Esto no puede pertenecer a padre entre caminos polvorientos, padre silbando, padre dejando la rugosidad de sus manos sobre la cache de la navaja. Padre partiendo pan y queso.

CARICIAS FRITAS SOBRE CRUJIENTE DE BESO *(Receta case- ra para desincrustar silencios)*

Él regresa. Nada trae. Digo no-cariño, no-ternura, no-nada. Trae nada. Un saludo que debió encontrar en la calle y que al entrar, junto a las llaves, arroja sobre la mesa. Un saludo callejero con forma de llave que no, llave de ninguna cerradura.

La hora establece la rutina que llena la mesa de platos. Hay al menos cien palabras en las bocas taponadas con hidrato y proteína. Con sus colas podrían agitar el aire sobre la capa de silencio acumulado en los muebles. Pregunta cortas estallan centelleantes contra una losa de silencio y respuestas cortas. Hubieran precisado al menos quince familiares o amigos o gente gritando al tiempo, durante horas, para remover la capa de cada estantería. El silencio, aunque denso, es expansivo y convexo. Se les coló bajo las puntadas de la camisa. Se les pegó al borde de las pestañas. Quedó escondido entre los espacios de la esponja y los dientes del tenedor.

Las caricias. Cómodas porque no tienen tallas. Viables por su bajo coste. Repare: puede hacer tres caricias por minuto pero no freír tres huevos. Acariciar es tres huevos fritos más fácil. Las caricias fritas previenen el silencio. Pueden servirse sobre crujiente de beso.



Hubo un tiempo en que ellos, ahora distantes en torno a la mesa callada, tenían besos de sabores guardados en frascos por toda la casa. La capa de silencio era menor.

Se besaban a menudo. En la ida y la mañana, por una vuelta de noche, porque sí, para que no, agradeciendo, pidiendo, un deporte... uno, por tener un buen día o, simplemente, el corazón esponjoso, besaba al otro un beso de frambuesa. Otro besaba un beso de chocolate si recibía una noticia amarga o el día tenía más de salado que de dulce. Como aperitivo, un beso de cerveza y otro bravo; como postre un beso flan; un beso serrano a media tarde. Ambos buscaban los labios ajenos como último manjar en la noche y primer nutriente del día. Con besos frescos calmaban la sed respectiva y arrastraban los sedimentos de silencio que trataban de asentarse.

Hubiera sido fácil empezar, decir algo buscando respuesta; empezar con un abrazo -aunque usado, algo viejo incluso-. ¡Una caricia! De las pequeñas, apenas un roce cuando vaya a coger pan o a servir agua de la jarra o, como antes, para coger un poco de comida de su plato y mojar un trozo de pan en la salsa. Pero las bocas siguen taponadas con hidrato y proteína.

Tienen un miedo más. Cada uno el suyo. Los dos dirían, al menos, cien palabras escondidas por el miedo. Una a una, sin prisa. Poco a poco (el aire), no tan denso, maleable, roto de una carcajada. O rasgado por el beneficio de la inercia. Pero temen... Silencio... Shhss... Miedo en silencio... Primo hermano de la muerte.

DIVERGENCIA EN PERSPECTIVA CABALLERA

Con todo, casi fui capaz de dibujar su figura sobre el lado vacío de mi cama, justo antes de dormirme. Soñé también vernos al día siguiente y que ella me dejaba un araño. No fue sencillo reencontrarse en la oficina. La firmeza de su nunca volverá a suceder dolió menos que su empeño en olvidarlo.



MILONGA

Acabo de desayunar en la cafetería que hay frente al teatro. Milán se llama. Hacen las mejores tostadas de pan con tomate y aceite. Desayuno despacio, impregnando a conciencia el pan hasta que un hilillo se escurra por el plato, extendiendo tomate rayado con generosidad. Parto el pan por la mitad y lo como a mano, con regusto, mientras ojeo el periódico. La agenda cultural habla de una exposición titulada "Hojalatas" en la Casa Consistorial. Ha sido después de ver la exposición cuando he oído música que llegaba de la plaza, juguetona, esquivando árboles y deslizando aceras. Aparece de cara al doblar la esquina del Ayuntamiento. Tiene la mano izquierda pendiente del bandoneón porteño y me ofrece la derecha para acompañarla. Juguetona se desliza entre las cinturas de las parejas que bailan. Pecho fundido a pecho.

Esta milonga al aire libre tiene colores de verbena. Grupos de comadres y curiosos se sientan en torno al espacio acomodado como pista de baile. En las esquinas, cuatro altavoces hacen más de lo que pueden para esparcir notas sobre los hombros acurrucados de los bailarines. Si afino la vista veo sus brillos cayendo leves, envolviendo con una estela rosada cada pareja, que ahora se desliza protegida bajo la tenue crisálida de bandoneón y voz rugosa, como envuelta en algodón de azúcar.

Hay una pequeña fuente y tres niños en torno a ella que ríen y se salpican. Llenan con agua diminutos globos de colores que luego usan a modo de breves mangueras, extensiones de sus manos breves. Retroceden, esquivan, recuperan los pasos perdidos. Y no es en mojarse, sino en esto, donde encuentran el divertimento que despierta su risa. Mientras, entre las cintas amarillas que delimitan el perímetro de baile, las parejas despiden decenas de diagonales que se entrecruzan y sobreponen sin llegar a tocarse. Paran, se recrean adivinando el enroque de pierna, trazando semicírculos que establecen la extensión de su reinado efímero. Sobre ellos, una voz rugosa llora el amor desgraciado que encontró en una milonga de puerto. El ritmo de secos intervalos parece



el latir dolorido de su pecho o las punzadas que siente su estómago a cada recuerdo.

Al fondo de la plaza, una chica me despierta el recuerdo de otra. Lleva una mochila negra en la espalda y sujeta algo con una mano a la altura del pecho. Avanza sin prisa hacia aquí, mirando despacio los detalles; los colores de los vestidos, los ojos y mejillas juntas y cerrados, la forma en que la luz se escurre por las hojas de los árboles. Ha puesto rodilla en tierra y acerca a su cara el objeto que sujetaba ante el pecho. Retrocede levemente sin despegar los pies del suelo, gira hacia la izquierda. Se incorpora y sube a un banco. Apunta con el objeto en dos o tres direcciones y de nuevo lo sujeta como antes. Baja del banco con un mínimo saltito y avanza despacio. Sonríe a dos matrimonios de abuelos sentados en torno al tango. Agachándose, acerca su oído a uno de ellos, que pone una mano recatada en su hombro. Se incorpora riendo. Pide que se junten un poco y saca una foto. Se despide alegre con un leve movimiento de mano. Ha reparado en los niños de la fuente. No se acerca mucho. A media distancia se detiene junto a un árbol. Enfoca y toma un par de fotos. Cuando mira alrededor, no sé si buscando perspectivas o retratables, repara en que la observo. Se acerca unos metros más, indiferente, centrada en lo que ocurre bajo la música y entorno a ella. Así, de cerca, podría describirla, pero sólo por fuera. Me parece bella. No sólo bonita, sino bella. Quizá, romántico, me deje seducir por las metáforas entre ojo, cámara y visión del mundo. Tal vez, carnal, las formas de su cuerpo me seduzcan. Sin duda lo hace su gusto por la gente. Y esa sonrisa tan suya, tan ajena, que a mí me trae recuerdos de otra risa. Ya he dicho que es guapa y su estilo me gusta. Me gusta la media melena ondulada sobre los hombros. Me gusta la comodidad de vaqueros, camisa vaporosa de algodón y calzado plano. Probablemente su pelo huela a frutas y colonia fresca, como ella, si usa.

Ha vuelto a mirar hacia donde estoy y se aleja un par de metros. Saca fotos de las parejas que bailan y de la gente que lo observa. Mira de nuevo hacia aquí. Apenas resopla y pasa el dorso de la mano por la frente. Yo, romántico, intuyo un mensaje y mi cerebro elabora una respuesta rápida. Podría comprar un botellín de agua, sólo uno para que tenga que ser compartido, acercarme



y ofrecérselo. Sin decir nada más que hola, creo que tienes calor ¿quieres agua? Y sería un acercamiento noble, cordial, al abrigo de la paz que el agua compartida reporta. No creo que pudiera malinterpretarse. Otra cosa sería invitarla a tomar algo. ¿Quieres que tomemos algo? Esta frase pone en guardia a cualquier mujer. Pero el agua fresca no. Acercarme y ofrecerle agua. Pudiera decir no, gracias. Pero quizá sonría y la acepte, beba un trago sin tocar el borde y una gota juguetona resbale brillante la barbilla. Ella la recogerá con su dedo índice antes de que caiga. Beberá otro pequeño trago y me dará la botella. Yo también beberé un poco y dejaré para ella el último trago, no tan corto que parezca un resto. Y ahí tendré que rezar por ese ingenio que no poseo para no preguntarle si es fotógrafo, para no caer en el cómo te llamas, para que mi segunda acción sea tan clara y fresca como la primera. Quizá ella, benevolente, se percate de mi apuro y me diga su nombre para poder decirle el mío. Quizá, es fácil, quisiera hacerme una foto de romper hielo; yo tendría que tragarme mi pudor y el temor al resultado, y acceder con una sonrisa mesurada que impida ver los detalles del humo de tabaco en mi boca.

Se ha acercado y mirado de nuevo. Me da la espalda, a escasos cuatro metros, para tomar una última fotografía. Se aleja un par de metros hasta un banco. Quizá ahora sea el momento, pero ya no tengo tiempo para ir a por el agua fresca. Deja sobre él la mochila de la espalda. Mira algún bolsillo, pero ni saca ni guarda cosa alguna. Debería inspirar y dar el primer paso, empezar a andar, acercarme. Se incorpora y acomoda el flequillo descompuesto. Revisa brevemente una parte de la cámara. Sólo un pie delante de otro y ya estaré en camino. Coge la mochila del banco. Ahora es el momento de andar. Si mirara otra vez... Gira y comienza a andar. Se detiene en el paso de cebra. Eh, oye, espera, podría decir yo mientras correteo. Cruza el paso de cebra y enfila la calle. Se detiene brevemente y saca algo del bolsillo del pantalón. Tal vez se gire. Sigue caminando. La primera esquina. Segunda. Tercera.

